DON RODRIGO Y LA CAVA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA

MADRID

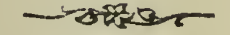
VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

1877

DON RODRIGO Y LA CAVA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA



MADRID

VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

1877

IMPRENTA CALLE DE PONTEJOS, 8.

DON RODRIGO Y LA CAVA

Al señor D. Francisco Guillén Robles,
de la Real Academia de la Historia.

Voy á referir á V., mi buen compañero y amigo, tres historias que á juicio mío evidencian cuán desconocidas suelen andar por el mundo la verdad y la fábula, pareciendo ésta, no pocas veces, hasta más verosímil que aquella.

I.

Muchos años hace que, profesor yo de Literatura é Historia en la Uni-

versidad de Granada, y contando entre mis discípulos á jóvenes tan ilustres como Godoy Alcántara, que de mano maestra supo disponer la *Historia crítica de los falsos cronicones*, y á Castro y Serrano, el ingenioso autor del *Viage á Egipto*, los adestraba en actos públicos, adonde asistían las más discretas damas y bizarros caballeros de la ciudad. En una de tan útiles dominicales, que presidía el rector, ocupando el profesor la cátedra, y hallándose colocado al pie de ella el discípulo sustentante, reseñó éste, con mucha claridad y viveza, el reinado de Carlos II, desde los días en que menudeaban pasquines, por el estilo de

Niño inocente,
madre traidora,
pueblo cobarde,
grandes sin honra.

Pintó el recelo y temor general de venir los españoles á ser franceses, por no tener hijos, después de tres lustros de casada con Carlos II, su primera mujer Doña María Luisa de Borbón; á quien otro pasquín decía:

Parid, bella flor de lis,
en aflicción tan extraña:
si parís, parís á España;
si no parís, á París.

Y terminó desarrebozando las calumnias y pérfidos artificios de naciones extranjeras, hidrópicas de postrar, desnaturalizar y destruir á la que era entonces señora de dos mundos. En los labios del discípulo despejado y noble, apareció interesante y simpática la figura del Rey.

No lo pudo sufrir uno de los doctores asistentes, patriota barbinegro,

cegato y campanudo; y con la venia del Rector, puso reparos al discurso, echando por aquella boca sapos y escorpiones. «Basta, dijo, para conocer quién fué Carlos II, *el Hechizado*, recordar que llevó sobre sus hombros un haz de leña para la hoguera inquisitorial donde pereció su propia hija.»

En vano sostuvo el Profesor haber sido tal especie invención dramática de Don Antonio Gil y Zárate, por aquello de

pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.

El Doctor salió de allí, y se pasó un mes clamoreando y manoteando por cuerpos de guardia, cafés, boticas y tertulias; el vulgo le dió la razón; y á la primer gloriosa que hubo, se separó de la enseñanza al profesor oscurantista y retrógrado; quedando en-

tre aquellos solícitos patriotas ejecutoriado haber sido Carlos II verdugo de una mísera hija, que no pudo tener. ¿Quién sabe si, trocadas las enseñanzas, lo estimarán también verdad inconcusa los historiadores futuros?

Hasta aquí la primer historia.

II.

Pasó algun tiempo desde éste; y me hallé comprometido á escribir, para beneficio del concienzudo pintor escenógrafo D. José Llop un drama, cuyo protagonista debía ser Alonso Cano, gloria granadina y honor preclaro de las bellas artes españolas. Cumplí como bueno; estrenóse el poema en el teatro de Granada, á 5 de febrero de 1842, por el insigne D. José Valero magistralmente representado; no hubo obsequio ni fineza que no me

prodigasen aquella noche mis amigos y camaradas; en el Liceo me honraron con poesías excelentes, sobresaliendo las de los Sres. Cañete y Valera, que ya entonces se conquistaban el digno puesto que hoy ocupan en la Real Academia Española; y el drama halló acogida afectuosa en todos los teatros de España, incluso el de la corte, distinción rara vez otorgada á los estrenos de provincia.

Hube de hacer sujeto de mi *Alonso Cano ó la Torre del Oro*, el casamiento del pintor; reservando para una parte segunda la trágica muerte de su infeliz esposa. Y como vine á tropezar con la dificultad, insuperable hasta hoy, de ignorarse de todo punto el nombre de esta infortunada y virtuosísima criatura, acudí á la consabida regla de Horacio, y le puse el que imaginé, de pura fantasía, menos

vulgar y más sonoro. Dejando escrúpulos á un lado, fingí á esta dama hija de César Velli, el secretario en Nápoles del gran Duque de Osuna; y de mi propia invención y gusto y capricho la bauticé con el nombre de *Margarita.* No quise parar mientes en que la mujer del prodigioso pintor debió de haber nacido mucho después, entre los años de 1618 y 1620; me desentendí, como si tal cosa, de que César Velli murió cinco ó seis años antes del de 1624 en que fijé la acción de la fábula dramática; y le supuse vivo, y le aprisioné cual reo de Estado en la famosa Torre del Oro, de Sevilla. Su libertad, el triunfo sobre sañudos enemigos y la unión de dos felices amantes, constituyeron el desenlace del drama; y á darle colorido de lugar y de época, y á discurrir caracteres y situaciones, convertí por entero mi

atención y cuidado, sin inquietarme los pecadillos históricos, puesto que no busqué inspiración en la verdad, sino en la fábula.

A últimos del año siguiente de 1843, Matilde Díez y Julián Romea estrenaron en Madrid otro drama, cuyo protagonista fué también Alonso Cano. *Misterios de honra y venganza* era su título; y D. Gregorio Romero Larrañaga le compuso, fabulando al artífice perseguido, atormentado y condenado al fuego por la Inquisición, y librado milagrosamente por su mujer: á la cual llama *Elvira*.

Pues más adelante, Sr. D. Francisco mi amigo, su paisano de V. Don Rafael San Millán no se arredró de llevar al teatro con interés é ingenio el trágico fin de la que eligió por suya el gran pintor, escultor y arquitecto granadino. Le atribuyó el nombre de

Laura; y al poema, el de *Infierno y Gloria.*

He aquí de qué suerte una persona real y verdadera, cuyo nombre calla la Historia, aparece con tres diversos en otros tantos poemas dramáticos, llamándola sucesivamente quién *Margarita*, quién *Elvira*, y quién *Laura*. Y he aquí ahora lo muy grave del caso.

Figúrese V., Sr. D. Francisco, lo más prodigioso, inesperado, fenomenal é inverosímil que puede suceder: suponga V. que llega á nacer un millonario estudiosísimo, discreto, sabio y fino y desinteresado amante de las artes y letras. Concédame V. que el buen señor ambiciona la gloria de Stirling; y lo que éste con Velázquez, hacer él con Alonso Cano. Reune soberbias fotografías de cuanto dibujó, pintó, grabó, esculpió y trazó el pere-

grino artífice; y cuida que lo reproduzca el buril en láminas inmortales. Desempolva sin descanso bibliotecas y archivos; y cátate que á deshora, en Granada, Jerez, Lebrija, Sevilla, Córdoba, Toledo, Madrid, Mondragón ó Vergara, tropieza con la partida de casamiento de su héroe. ¡Oh dicha! Pero, ¿qué pasa? Vea V. á mi hombre confuso, pálido, trémulo, cariacontecido y casi desesperado. La mujer del Pintor se llama Gila Zubiaurre, ó Mari Pérez, ó Aldonza Lorenzo. Si es imaginativo é ingenioso, que sí lo será, oigámosle el diálogo que entabla con el Teniente de la Parroquia.

—Este asiento no es legítimo, señor Cura.—¿Que no lo es?—Quiero decir que está equivocado. ¡Qué tiempos! Ni los libreros sabían imprimir sin poner menos palabras que disparates, ni extender los párrocos una

partida fidelísima de bautismo, entierro ó matrimonio. ¿Qué dice aquí? —«Desposé, por palabras de presente, que hacen.....»—Aquí, aquí.—«Pintor, natural de la ciudad de Granada.....»—No, aquí.—«Gila Zubiaurre, viuda.»—Margarita Velli ha de ser.—Gila Zubiaurre.—Margarita Velli. De la *M* hicieron *Gil*, yerro muy fácil; por *arg* pusieron *azub*, cosa llana; de *ari*.....—No, señor, no hay nada de eso, nada, nada.—Señor Cura, la mujer del Miguel Ángel granadino fué Margarita Velli. Su filiación cabal, haciendo consonancia con otros innumerables datos históricos, verdaderos y exactos, aparece en el primer drama que la sacó á la escena, obra de un compatriota del Pintor, que tuvo á su mano los archivos de la ciudad, y que enseñaba Historia en la Universidad literaria.

—¿Y ese señor, dígame V., conocía y visitaba á doña Margarita?—¡Cómo, si vivió doscientos años después!—¡Ya me parecía á mí! ¿Y de esta señora, habla en historia ó en comedia?—En comedia; pero téngala usted por historia.—No la tengo.—Pues la vá V. á tener: hay prueba plena, histórica y crítica, decisiva.—A ella me acomodo.—Un literato felicísimo, de tanta erudición como ingenio, en la fantasía español, y alemán en el juicio y en la sangre, director que fué de la Biblioteca Nacional, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, lo dice terminante y resueltamente, ilustrando como crítico sagaz é historiador las *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca*. Y fíjese V. mucho en que para nada (pues no había para qué) se le vinieron á las mientes ni el drama *Alonso Cano ó la Torre del Oro*,

al cual me referí, ni su autor Fernández-Guerra, muy amigo suyo; y que Hartzenbusch citó el nombre de Margarita Velli como sabido, corriente y vulgar á toda clase de lectores. En fin, tan concienzudo y elegante escritor publicó sus notas á Calderón de la Barca, en 1850, ocho años después de correr el drama por los teatros.—Mire V., señor caballero, si fué en el teatro donde se le puso al docto crítico entre ceja y ceja ese nombre.—No hay que pensarlo siquiera. Sus notas crítico-históricas, de sin igual valía, descansan las más de ellas en relaciones y avisos redactados, á raíz de los sucesos mismos, por cronistas y hombres muy curiosos del siglo XVII. Guardábanse en la biblioteca de nuestros reyes, y pasaron á la de la nación, hoy á merced del público. Lea V. estas hojas, arrancadas al to-

mo XIV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuarto de las *Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca*, y de qué modo, en la pág. 713, ilustra Hartzenbusch *El Pintor de su deshonra.*

Copia el siguiente aviso del cronista Pellicer y Tovar, fechado á 28 de julio de 1643:

«Por ahora no se habla sino en ésto, y en dos mujeres que han muerto á manos de sus maridos por adúlteras, el uno pintor, y el otro bodegonero.»

Y dice muy bien que tal acontecimiento pudo inspirar á Calderón la idea de su comedia.

«Al año siguiente (añade), murió por causa bien distinta, la esposa de otro pintor, cuyo nombre no omitió Pellicer:

Avisos de 14 de junio de 1644. Sucedió cuatro dias ha, que Alonso Cano, pintor de gran fama, tenía un

pobre que acudía á su casa para copiar de él los cuerpos que pintaba; y estando él fuera de casa, y su mujer en la cama, sangrada (virtuosísima criatura), el pobre se quedó cerrado en el obrador, y saliendo al aposento de la mujer la mató con quince puñaladas con un cuchillo pequeño. Escapóse, y á ella la hallaron con matas de los cabellos del pobre en la mano.»

Ahora ruégole á V. que se fije bien en lo que sigue de Hartzenbusch, y viene al caso presente. «Suponiendo (dice), como las circunstancias lo hacen creer, que la virtuosa *Margarita Velli*, *mujer de Alonso Cano*, y la doncella asesinada en Écija, perecieron víctimas de la castidad y pureza, no puede uno menos de creer que el principio del honor, profundamente arraigado en España por aquellos tiempos, hacía bárbaros á algunos maridos celosos, hacía heroínas sublimes á algunas mujeres, y probablemente honradas á casi todas. Ellas valían mucho más que ellos.» ¿Lo

ve V., lo ve V.? Para Hartzenbusch, escribiendo como historiador y como crítico, era indubitado, cierto, seguro el nombre de la mujer de Alonso Cano.—Pero, ¿menciona papel ó aviso antiguo en que se lea?—¿Qué falta hace, señor, qué falta hace?—Pues, señor mío, no es este pintor el que V. busca.—No lo es.—A menos que no se casara dos veces, con viuda.—¡Quién sabe! La que pereció al puñal de un lascivo cruel, se decía Margarita Velli. Consta, lo vuelvo á repetir, por dos testigos de mayor excepción, que deponen en tiempo y lugares diversos, y con propósito diferente cada cual. Ese documento no está bien redactado: le publicaré, no obstante, por curiosidad y cautela; pero negándole crédito. Créame V. que la señora se llamaba Margarita Velli.—

Hasta aquí el segundo cuento. El

tercero y último peina ya canas de once siglos.

III.

En el año de 871, murió el egipcio Abderrahman ben Abdelháquem, dejando escrita una historia especial de la conquista de África y España por los sarracenos [1]. Compúsola recogiendo tradiciones de acá y acullá, cuándo fieles, cuándo fantásticas, y haciendo un sartal de todas ellas. Eso sí, como persona formal y timorata, jamás aventuró especie sin poner al canto el nombre de á quien la oyó, para que el incrédulo pudiese evacuar la cita. Supo en cierta ocasión por un tocayo suyo, quien lo sa-

---

1 John Harris Jones tradujo al inglés y publicó lo relativo á España, en Gottinga, el año de 1858.

bía por dos árabes, y éstos por otros tan veraces como el zancarrón de Mahoma, que hubo en Toledo una casa fuerte deshabitada, pero bien encerrojada la puerta; en la que, para que nadie entrase, ponía cada rey visigodo un cerrojo más. No quiso el antojadizo monarca Don Rodrigo seguir el ejemplo de sus antecesores, codiciando ver qué se guardaba en aquel misterioso palacio; y solo, en sus paredes, halló pintadas figuras de árabes, y un letrero que decía: «Cuando se abran los cerrojos de este alcázar, las gentes retratadas aquí, se enseñorearán de los confines españoles.»

Llegó á saber de otro morazo, cuyo nombre era Ozmín, que subyugada Tánger, capital de los dominios hispano-visigóticos en África, Muza confió á Táric la prosecución de la

guerra. El cual tuvo la suerte de hacerse apazguado y amigo de Julián, conde de Ceuta, que andaba rostrituerto con su amo el rey de España Don Rodrigo, por haberle éste corrompido á una hija. Ciego de vengativo furor el Conde, y poseyendo la llave del Estrecho hercúleo gaditano, apresuróse á entregar en rehenes sus dos hijas á Táric, que desconfiaba de él, y le abrió las puertas de España; sin discurrir mejor venganza, ni más propia, ni más verosímil, que la de amarrar su patria inocente á bárbara cadena.

Hacia el año de 936 falleció el renombrado Áhmed Arrazí, á quien los árabes llaman por excelencia El Cronista. Varias y muy útiles obras compuso de historia y topografía de España, inventariando sus montes, ríos y caminos, sin olvidar las regiones,

ciudades y puertos, ni los frutos de la tierra, ni los metales más beneficiados, ni las manufacturas excelentes. De ánimo curioso é indagador, averiguó la patria, nombres y abolengo de los primeros invasores y conquistadores de la Península, el número de soldados que trajo cada uno, la fecha de su venida, la puntual de la batalla del Guadalete, y los encuentros parciales que hubo hasta esa rota decisiva.

Hijo del insigne cronista Arrazí fué Isa, á quien nosotros decimos *El moro Rasis;* el cual adicionó y retocó la *Historia de España* escrita por su padre, dándole la última pincelada en 976. Vino á echar de menos, en el original heredado, lo fantástico y novelesco del egipcio Abdelháquem; y no solamente se lo apropió, sino que hubo de presentarlo con nuevos epi-

sodios y mayor colorido y viveza. En su pluma, Táric ve á deshora desde su alcázar tangerino venir por la mar unas galeras de España. Traen á Julián y á dos parientes de Witiza, que le piden ayuda para subir al trono y vengarse de Rodrigo. Cuéntanle ser costumbre de los monarcas visigodos tener por meninos y meninas á los hijos é hijas de los patricios («costumbre, advierte el historiador, que aun hoy guardan,»—aludiendo sin duda al palacio leonés de Ramiro III), y que el rey Don Rodrigo había forzado á la hija del Conde, la cual era en palacio una de las meninas. Ella se lo ha escrito á su padre, á la vez que le escribe también el Rey pidiéndole buenos halcones para la caza; á quien contesta que se los enviará tales y tan buenos, como no los haya visto jamás. Los halcones han de ser

Táric y sus audaces berberiscos. «Por lo que toca á las proezas de Táric en España (añade Isa), no andan contestes las memorias de los rabíes [1].»

Ya es de imaginar cuál agradaría el bien aderezado cuento rabínico á un prócer en la corte de Alháquem II, á un fastuoso cordobés, á un descendiente de Olmundo, el hijo mayor del rey Witiza, al historiador Ebn Alcótiya, que murió el año de 977. *Ebn Alcótiya* tanto quiere decir como *El hijo de la Goda*, recordando á Sara, la hija única de Olmundo y heredera de sus pingües posesiones y aldeas,

---

1 Ebn Adzari (980), en su *Bayán almogrib*, copia un largo párrafo de Isa, donde aparece todo esto.

La obra de Áhmed Arrazí, adobada por su hijo, se vertió más de una vez al castellano (la última en 1312), siempre con muy ruda Minerva. Entre nosotros se denomina la versión, *Historia del moro Rasis.*

hasta en número de mil, que fueron precio infame de la vil traición á la patria. Mucho debió lisonjear al historiador hallar poéticamente explicada y cohonestada la maldad execrable de aquel abuelo suyo [1].

Tampoco desplació el relato novelesco de Isa Arrazí, á Ebn Adzari de Marruecos; y hubo de incluirle en su *Historia de África y España (Bayán almogrib)*, escrita poco más ó menos hacia los años de 980.

Veinte después, el autor anónimo de la «Colección de Tradiciones» *(Ajbar machmúa)*, habló de todo ello como sabido y corriente.

Por último, transcurridos seis largos siglos, Almaccarí, berberisco de Tremecén, como fuese á Damasco,

---

1 Ebn Alcótiya (-977), en su historia de España.—Almaccarí (1634), I, 168.

explicó allí Historia y Literatura españolas, y de las explicaciones hizo un libro en 1634. Al referir la caida de Rodrigo y las hazañas de Táric, gusta de averiguar con exactitud las fechas y circunstancias de muchos sucesos, pero abulta lo fabuloso con nuevos pormenores. Pinta al valeroso Táric dormido, cruzando el Estrecho en su nave capitana, y apareciéndosele sobre las rizadas ondas el falso Profeta y los cuatro primeros Califas, que le anuncian imperecederos laureles; y en cuanto pisa las playas andaluzas, una viejecilla, mujer de cierto adivino, le grita que se mire bien, y sepa estar llamado á esclavizar á España quien tenga la cabeza gorda y un cerdoso lunar en la paletilla izquierda [1].

---

1 Almaccarí, I, 160, 174.

Nuestros cronicones latino-hispanos, dictados por obispos y sacerdotes, conserváronse, por fortuna, limpios de mentiras y fábulas, desde el año 410 hasta el de 1110; y no cayeron en la tentación de falsificar al último godo. ¡Cuán bien decía el insigne crítico y humanista sevillano Alfonso García de Matamoros, estar nuestros antiguos cronicones á tanta distancia del esparcimiento y deleite, como de la falsedad y la inepcia: *quàm a delitiis longè, tam ab ineptiis procul!* Pero, reducidos á pavesas los archivos, al hundirse entre llamas todas las iglesias visigóticas, durante cuatro siglos de guerra feroz [1]; y desde que, hacia el año de 850, los muladíes y los árabes españoles comen-

1 Ebn Hayyán (-1077), en Almaccarí, I, 174.

zaron á escribir historias [1], en la fastuosa corte de los humeyas cordobeses, leídas con avidez lo mismo á orillas del esclavizado Guadalquivir, que en las libres del Nalón y del Arlanza, ¿cómo habrá de sernos extraño que, finalizando el siglo XI, el curioso monge de Silos, acepte la ya entonces vulgar conseja de Don Rodrigo y la Cava? Para darle sitio en su *Cronicón* y hacerla verosímil, le fué necesario descoyuntar la cronología, y regalar tres años de reinado al infeliz Rodrigo, en vez de los únicos seis ó siete meses que hubo de empuñar el cetro [2].

---

1 Simonet, *Discurso de recepción en la Universidad de Granada* (1862), págs. 11 á 19.—Moreno Nieto, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia* (1864), págs. 9, 11, 12, y el Apéndice.

2 El monje de Albelda, que escribía en 883, concede á Rodrigo equivocadamente un reinado cabal de

Bajo la autoridad del Silense, ya no tuvieron reparo de admitir la fábula nuestros historiadores y cronistas. En 1243 la realzó con severa y galana frase Don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo; en seguida el rey Don Alfonso X el Sabio (1221-1284); y por último, y con los más novelescos y preciados atavíos, el Livio español Padre Juan de Mariana (1536-1623).

Entre tanto, noveladores y poetas no se descuidaban en agrandar la bola de nieve. Á principios del siglo XV, Pedro de Corral dejó largamente correr su pluma por la caballeresca y fabulosa *Crónica del Rey Don Rodrigo, con la destruyción de España*, que la Imprenta casi recién nacida se

---

tres años, desde 711 á 714. También, y con el mismo error, el Silense (1110); pero desde 709 á 711.

apresuró á vulgarizar; y que luego reprodujo la de Sevilla, en 1511, 1512, 1526 y 1527; en este mismo año, la de Valladolid; la de Toledo, en 1549; y la de Alcalá, en 1587. Llevan algunos ejemplares de este libro de caballerías grabada al frente la torre que Hércules edificó en Toledo, con valientes cerrojos la puerta, y un guerrero armado de tenazas tratando de forzarlos, ante el Rey, su dama y acompañamiento. El libro se dice compuesto por los dos moros sabidores Eleastres y Alanzutí [1].

---

1 El Sr. D. Pascual de Gayangos (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII, 66) confunde al verdadero autor con el que dos siglos después tradujo á Barclayo, afirmando que ésta «se cree ser obra de *Gabriel del Corral.*» No hay nada de eso: el nombre del novelador antiguo aparece en el prólogo de las *Generaciones, semblanzas é obras*, ordenadas por el noble caballero Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres,

El Romancero añade pronto nuevas galas y primores á la conseja; y Fray Luis de León, arrebatando á la lira de Horacio sonidos que jamás los produjo tan bellos, inmortalizó el frenesí de Rodrigo y el imaginado ultraje de Florinda.

Ahora busquemos la verdad.

Sírvanos de punto de partida el hecho exactísimo de no ser hereditaria entre los visigodos, sino electiva, la corona.

A ella optaban como unos cien nobles de los que ceñían áurea diade-

---

consejero del rey Don Juan el Segundo. He aquí sus palabras: «En estos nuestros tiempos hizo un liviano y presuncioso hombre, llamado *Pedro de Corral*, una que llamó corónica sarracina, que más propiamente se puede llamar trufa ó mentira paladina.»

ma y cinturón de oro, á saber: diez duques, puestos al frente de las ocho provincias peninsulares y de las dos narbonense y tingitana; y cerca de noventa condes ó gobernadores de las ciudades cabeza de distrito.

Los reyes, para convertir en medio hereditario el cetro, é imitando á los emperadores romanos que declaraban césares á sus hijos, á fin de que llegaran á verse aclamados augustos, discurrieron el arbitrio de compartir el solio con el hijo entrado en años y acepto al ejército, confiándole como á duque el mando de una provincia. Seis de nuestros diez y ocho reyes visigodos lo hicieron así. Á otros, si lo intentaron, el Senado no se lo permitió. De aquí los ambiciosos y resentidos, los inquietos y rebeldes, los traidores y regicidas.

El décimoquinto monarca visigo-

do, Ervigio, postrado en el lecho, designó por regente al marido de su hija; y moribundo, seis días después, renunció la corona, suplicando con vehementes ruegos á todos los senadores que la transmitiesen á su yerno. Obtúvolo; y Egica fué á los nueve dias consagrado rey, en la toledana iglesia de San Pedro y San Pablo, un domingo 24 de noviembre de 687 [1].

A fines de 694 y con permiso del Senado, Egica supo partir el solio con su hijo Witiza. El cual, decrépito

1 *Chronica Regum Wisigotthorum* (680, 700), con desatino llamada de Wulsa, 36, 37.—Concilios toledanos XV, XVI, XVII (688, 693, 694).—Inscripción del abad Lócuber (691), existente en Bailén, publicada por Jimena en 1654, pág. 60.—El continuador anónimo del *Chronicon* de Juan de Biclara (720), 32, 35.—El *Chronicon* llamado del Pacense (754), 25; pero equivocada la era.—El Albeldense (883), 44, 45.—El del rey D. Alfonso III (886), atribuído también á Sebastián, obispo de Salamanca, 4, 5.

el padre, reinó solo, consagrado á 14 de noviembre del año de 700, y murió en los primeros días del 711 [1]. «Pravo y lascivo, como caballo y mulo á quien falta el entendimiento, vino á tener muchas mujeres y gran número de concubinas, y fué causa de la ruina y perdición de España.» Con estas palabras, dictadas por el magno príncipe Don Alfonso III, en 886, hacen consonancia las del monge de Moissac, en 918: «Witiza, dado á las mujeres, enseñó á sacerdotes y pueblo á ser lujuriosos, irritando la ira de Dios. Entonces invaden los sarracenos á España, y los godos eligen por soberano á Don Rodrigo [2].» El Senado

---

1 *Chronica Regum Wisigotthorum*, 38.—El continuador del Biclarense, 39, 43.—El Pacense, 29, 30, 32.—El Albeldense, 46, 77.—Alfonso III, 6.

2 Alfonso III, 6.—El *Chronicon Moissiacense* (918).—El del monje de Silos, 14, 15.

no quiso que ni los indignos hijos ni los hermanos de un indigno monarca dirigiesen el timón del Estado; y negó el trono electivo á Olmundo, Rómulo y Ardabasto, hijos, y á Don Oppas y Sisberto, hermanos del príncipe difunto [1].

La muerte de Witiza y la tumultuosa, libre é inmediata elección de Rodrigo, están deslindadas con tantas y tan puntuales y minuciosas fechas, por el *Cronicón* llamado *del Pacense*, escrito en Córdoba á principios de 754, que me admiro cómo sobre ello no han dicho una palabra ni críticos ni historiadores. Fija el *Cronicón* ambos sucesos, en aquella parte de

1 El Pacense, 36.—Ebn Alcótiya, en su historia — *Ajbar machmúa* (1000), 22.—D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, *Chronicon*, III, 16.—Almaccarí, I, 162.—Dozy, *Recherches*, I.

tiempo en que coinciden la hégira 92, que empezó el miércoles 29 de octubre de 710; la era 749, que tuvo principio el jueves 1.° de enero de 711; el cuarto año del imperio de Muza en África occidental, ó sea desde la conquista de Tánger en 707; y el quinto, bien cumplido, del califato de Alwalid, que sucedió á su padre Abdelmélic, en 9 de octubre de 705. Resulta, pues, no ser otro este tiempo, sino el que media entre el día 1.° de enero de 711, hasta el domingo 26 de julio del mismo año, en que se decidió con la muerte del Rey visigodo la batalla del Guadalete [1].

El prelado insigne del siglo XIII,

---

1 El continuador del Biclarense, 43, 45.—El Pacense, 33, 34.—El Albeldense, 46, 77.—Alfonso III, 7.—*Bayán almogrib.*—El Moissiacense.—El Silense, 15, 16, 17.—El Arzobispo D. Rodrigo.

que extractando muchas y muy interesantes crónicas latinas y árabes, escribió una historia de España, afirma que Rodrigo era hijo de Teodofredo, y nieto del rey Recesvinto; y asegura que, desterrado Teodofredo á Córdoba, labró aquí un fuerte y magnífico palacio, casó con Recilo, señora de estirpe real, y en ella tuvo al último y desventurado monarca visigodo [1]. Hacen gran mención del palacio cordobés las memorias arábigas; y de ellas se infiere con certeza, que Rodrigo, al tiempo de ser elegido soberano, ejercía el cargo de conde ó gobernador de Córdoba [2]. Llámame la atención además que, salvo la regia Toledo, ninguna ciudad sino la portuguesa Idaña, bata moneda con

---

1 El Arzobispo D. Rodrigo, III, 12, 18.

2 *Bayán almogrib.* — Almaccarí, I, 157, 160, 161.

el nombre de RVDERICVS REX [1]; y que otra lusitana población recoja su cadáver y le dé honrada sepultura. ¿Fueron lusitanos quizá su familia, servidores y amigos leales? Cuándo, ciento sesenta años después, Alfonso III (866—910) hizo suya y pobló la desierta ciudad de Viseo, dice el mismo Príncipe que halló en cierta basílica un sepulcro, y en su lápida este letrero:

HIC REQVIESCIT RVDERICVS
REX GOTTHORUM [2].

---

1 Flórez, *Monedas de los Reyes Godos*, 289.—Heiss, *Monnaies des Rois Wisigoths d'Espagne*, 139.

2 Alfonso III, 7.—*Historia del moro Rasis*, códice escrito en 1312, que poseyó Ambrosio de Morales. Tengo copia, hecha por la que se sacó del original para el clarísimo Flórez, anotando las variantes de otro códice antiguo. En ella se traduce así el epitafio: «Aquí yace el rey don Rodrigo, rey de godos, que se perdió en la batalla de Saguyûe.» Al márgen esta variante: «de Saquiue.»

Digamos del conde Julián. Nobilísimo lo llama el Pacense, lo cual equivale á visigodo; sin que obste el nombre romano que lleva [1]. Los visigodos ponían indistintamente á sus hijos, como se acaba de ver en los tres de Witiza, nombres germánicos, romanos y griegos. Por noble obtuvo de Witiza, á no dudar, el condado ó gobierno de *Abyla*, que llamamos Ceuta, al lado allá del Estrecho, en la Mauritania tingitana. Esta provincia debió el nombre á *Tingis* (Tánger), su capital, residencia del duque; y en lo civil fué siempre de España, durante más de seis siglos, desde que el emperador Otón á principios del año 69, la hubo de agregar á la Bética [2]. España, cuando empuñó el

---

1 Núm. 40.

2 Cornelio Tácito, *Hist.* I, 76, 78.

cetro Witiza, dilatábase desde Fez hasta el Ródano [1].

Caen sobre la Tingitania los árabes acaudillados por Muza, desbaratan á Recila, duque de la provincia,

---

1 San Isidoro (616), *Orig.* XIV, 4.—Juan Biclarense (540-621), *Chronicon*, 573.—*Nomina ciuitatum Ispanie sedes episcopalium*, pergamino del año 780, en la Biblioteca del Escorial, que publiqué en 1875.—Ebn Abdelháquem.—Isa Arrazí, en el *Bayán almogrib.*—*Ajbar machmúa*, 18, 19.—El Silense, 6.—El Arzobispo D. Rodrigo, III, 15, 20.—Almaccarí, I, 156.

Delira, y en ningun sólido fundamento se apoya el famoso escritor extranjero, que niega ser visigodo el conde Julián, y de España aquellos dominios. Verdad es que, sin quererlo por ventura, en esta parte se ha hecho eco de las imaginaciones, si no de las patrañas, de D. Faustino de Borbón; el cual, en su opúsculo anónimo, sobre la materia, impreso en Madrid el año de 1797, aventuró que al entrar el siglo VIII ya Ceuta no pertenecía á los godos, ni la gobernaba Julián, ni éste era español, ni tal vez se llamaba sino Eliano ó Ilián, haciendo como un tercio de siglo que andaba al servicio de Muza. Antigua manía la de querer pasar por originales, pintando delfines entre los robles de las ásperas sierras, y por el oleaje del mar colmilludos jabalíes.

subyugan á Tánger el año 707, y van oprimiendo uno á uno los condados [1]. Ceuta se defiende con los auxilios de hombres y víveres que á toda hora recibe de España [2]. Pero el conde Julián echa sus cuentas, y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando á los alárabes, con provechosas condiciones para él, su familia y amigos; é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma [3]. Pónelo por obra. Táric, lugarteniente de Muza, exige del Conde, para darle crédito, que se declare en abierta re-

1 Ebn Abdelháquem.—El Arzobispo D. Rodrigo, III, 17.—Almaccarí, I, 156.

2 *Ajbar machmúa*, 18.—Almaccarí, I, 157.

3 Ebn Adelháquem.—Áhmed Arrazí, en el *Bayán almogrib.*—Arib ben Sad (964), en la misma obra.—*Ajbar machmúa*, 20.—Almaccarí, I, 158.

belión contra Witiza, su amo y señor natural; y hacia el otoño de 709 atraviesa Julián el Estrecho, lleva la desolación y la muerte á las comarcas de Algeciras; y repasa luego el mar con muy rica presa y gran número de cautivos [1]. Animados Táric y Muza, envían, en julio del año siguiente, sobre la que por ello se denominó Tarifa, otra expedición, confiada á Tarif Abu Zara, que vuelve á Ceuta con opimos despojos [2].

Muerto Witiza, y negado el cetro real á Olmundo, Rómulo y Ardabasto, y á sus tíos Don Oppas y Sisberto, fían éstos su remedio y esperanza en el conde Julián, como en traidor consumado [3]. Y le conocían bien.

---

1 Almaccarí, I, 158.

2 Arib ben Sad.—*Ajbar machmúa*, 20.—El Arzobispo D. Rodrigo, III, 19.—Almaccarí, I, 159.

3 El Albeldense, 46, 77.—Alfonso III, 7.

No han transcurrido tres meses; y Julián con Táric y doce mil aventureros africanos y árabes, arriban á España un martes 28 de abril de 711 [1].

Entretanto los revolucionarios han conseguido sublevar á los indómitos vascones, y que Rodrigo se alongue hasta el Pirineo y sitie á Pamplona, mientras van navegando el Estrecho los árabes y fortaleciéndose en la roca de Gibraltar [2]. Contra ellos envía Rodrigo inmediatamente á su sobrino Sancho, que muere en la demanda; y el Rey tiene que abandonar la guerra del Norte,

---

1 Ebn Abdelháquem.—Áhmed Arrazí, en el *Bayán almogrib.*—Isa Arrazí, aquí mismo.—Almaccarí, I, 160.

2 *Bayán almogrib.*—*Ajbar machmúa*, 21.—Almaccarí, I, 160.

para acudir á la más temible del Mediodía [1]. Comete la imprudencia de confiar varios cuerpos del ejército á los pérfidos hijos y hermanos de Witiza: los cuales se pasan á la hueste del invasor, en el decisivo trance de la batalla [2]. Duró ocho sangrientos soles, en las comarcas del Guadalete, desde el domingo 19 al 26 de julio de 711 [3]. Táric envió por trofeo la cabeza dé Rodrigo á la celebérrima *Carteia* (ruinas y torre llamadas hoy de Cartagena en el centro de la bahía de Gibraltar); y de

---

1 Áhmed Arrazí, en el *Bayán almogrib.*—Ebn Adzari.—*Historia del moro Rasis.*—El Arzobispo Don Rodrigo, III, 19; y Alfonso X en la *Corónica general*, II, 55, llaman Énneco, ó Íñigo, al sobrino del Monarca.

2 Almaccarí, II, 162.

3 Áhmed Arrazí. — Annoguairí. — *Bayán almogrib*.

allí á Tánger, donde residía Muza, gobernador de África [1].

El favor de los judíos, viboreznos que España incauta abrigó en su regazo, valieron á Táric y al menguado Conde, victorias increíbles. Muza entra en celos de Táric y Julián; deja sus delicias de África, viene con tropas de refresco; y halla en Julián un servidor fiel, un guía solícito, un buen camarada de glorias y fatigas, y un consejero sabio en el día de la contrariedad y castigo; porque Julián discurre siempre lo más seguro y eficaz para acrecentar las desventuras

---

1 Ebn Adzari.—Almaccarí, I, 162.—Conde, *Los árabes en España*, I, 11.

Quién dice que Rodrigo pereció ahogado en un tremedal ó laguna; quién asegura que fué muerto por los alárabes; otros, que huyó á las montañas y le comieron bestias fieras. Véase Áhmed Arrazí, en el *Bayán almogrib* y en la que decimos *Historia del moro Rasis.*

y servidumbre de su patria [1]. Ni abandonó á Muza, cuando éste fué á rendir cuentas de su administración ante el Califa de Damasco, ni se detuvo en aconsejarle allí que cediera al Príncipe de los Creyentes el fruto de sus rapiñas y bárbaros despojos, á trueque de conservar la vida No se vuelve á saber del traidor.

A los demás traidores, burlada su esperanza de ocupar el solio, se pagó en posesiones excelentes (dando mil á cada uno) el salario de su infamia y alevosía [3]. Y los árabes y africanos auxiliares quedaron por amos y verdugos de España. No de otra suerte, enconadas las facciones políticas, dividido y enflaquecido el rei-

---

1 *Historia del moro Rasis.—Ajbar machmúa*, 23.— Almaccarí, I, 164.

2 El Pacense, 40.

3 Almaccarí, I, 162.

no, solicitó Polonia el auxilio de Rusia. Con lágrimas de sangre llora, y sin término llorará su descamino, en los mortíferos hielos de Siberia.

Señor Don Francisco, yo he leído en Humboldt las dos mayores desvergüenzas de la lengua castellana, como nombres de cierto cerro y venta, porque la impaciencia y grosería de un patán soez no quiso dar mejor ni más decente contestación á las muchas preguntas del sabio; y he leído en los viajes á España de Rogerio de Beauvoir y Alejandro Dumas, disparates sobre disparates. En obras de mérito verdadero, antiguas y modernas, hallo censurables errores: más de una vez, de voluntad; de entendimiento, muchas; de memoria, no pocas; y casi siempre, de incuria, alucinación ó ligereza. Los descubro

en admirables y sagacísimos ingenios. Y ¿qué más? los veo deslustrando rasgos míos. Sea ejemplo mi *Libro de Santoña*, donde estampé (sin que mi error tenga disculpa) que los cántabros no siguieron la facción pompeyana, sino la revolucionaria de César; y segun los *Comentarios* del mismo egregio capitán, fué al revés, precisamente. Yo he visto á una generación creer á pie juntillas en *Carlos Segundo el Hechizado*, y en *Lucrecia Borgia;* renegar de todas nuestras glorias envidiables; hacerse bufón de nuestros más feroces y tradicionales enemigos; y como loca, desgarrarse las propias entrañas. He palpado que nada aplace tanto al ignorante vulgo, como las palabras oscuras é ininteligibles, y las invenciones absurdas; he podido observar que siempre falta valor para comba-

tir los errores entronizados, y que sobra, ó malicia para traficar y medrar con ellos, ó indulgencia para dejarlos pasar; y he concluído por ser muy cauto en esto de recibir de segunda mano cualquier noticia histórica. Hé aquí por qué, en ocasión solemne, que V. me recuerda, menosprecié por fabuloso el cuento de Don Rodrigo y la Cava.

Si existió Florinda, si recibió ultraje en su honra; y si el conde Julián su padre corrió presuroso á vengarlo, á costa de la patria donde todos habían nacido, entonces la Historia, la Cronología y la Crítica de buena ley piden que se tenga por autor del agravio, no á Rodrigo, sino al brutal y lujurioso Witiza.

Pero, yo tengo para mí que jamás hubo tal afrenta; y que respecto del Conde, es imposible discurrir discul-

pa más absurda, ni fábula menos verosímil ; inventada para entretener las noches de invierno, al amor de la lumbre, á vueltas de cuentos de encantamientos y malas fadas, y alternando con retahila de proverbios y refranes. Los traidores lo son por temperamento; y para hundir la sociedad en espantoso abismo, no han menester que les seduzcan á sus hijas. ¿Cuál hija tuvo que vengar Mekaukes el infame, que vende el Egipto á las huestes sarracenas? ¿Y cuál, el insensato conde Gregorio, que les abre las puertas de Numidia? La misma que el aborrecible Julián: la bajeza de ánimo, el cobarde miedo á un poderoso enemigo avasallador, la ambición y soberbia, la hidrópica sed de oro.

Bien podríamos, sin recelo de equivocarnos, suponer que no fueron

agravios sino beneficios los que Julián recibió de Witiza. Más, ¿dónde hay mayor agravio que el beneficio para un corazón perverso? ¡Cuántas veces los príncipes, al contemplar en quién agotaron el favor, los honores y riquezas, habrán exclamado: «Yo te levanté, y condecoré, y encumbré, y enriquecí, y engrandecí; pero no te pude hacer caballero!» ¿Qué más querrían los desleales y ambiciosos de todos los siglos y naciones, que tener para su disculpa una Florinda?

Lejos de mí pretender que seamos escépticos en Historia, ni en nada, sino cautos; ya que el hombre es mentiroso de suyo, como veintinueve siglos hace lo dijo el Rey Profeta.

Y concluyo trasladando aquí una inscripción que hubo en Granada, sobre la puerta de la sala de estudios, en el religioso convento de San Die-

go, célebre por sus admirables cuadros de Alonso Cano, reducidos á barro y polvo en nuestros días, poco después de serlo el cristiano edificio. Así decía la inscripción:

Audi omnes, paucis crede, cunctos honora:
ora, lege, tace, fuge, et quiesces.

A. Frnz.-Guerra y Orbe.

